

El mar y la serpiente, una voz que construye identidad

Alejandra Tamagnone
UNLAM

Construyendo identidad

“El mar y la serpiente” se inmiscuye en sus lectores y los encierra de a poco en el juego que propone. A través de una voz que está en el recuerdo de todos, en algún lugar del imaginario de lo que fuimos, construye esta ficción tan cercana a la realidad. Esta capacidad de “hacer caer” al lector en su juego es parte de la apertura de la “frontera indómita”. Graciela Montes explica:

Jugar nos ayudaba a entender la vida, y también el arte nos ayuda a entender la vida. Pero no porque los cuentos “digan de otra manera” ciertos asuntos o expliquen con ejemplos lo que nos pasa sino por las consecuencias que trae habitarlos, aceptar el juego. Por esa manera de horadar que tiene la ficción. De levantar cosas tapadas. Mirar el otro lado. Fisurar lo que parece liso. Ofrecer grietas por donde colarse. Abonar las desmesuras. Explorar los territorios de frontera, entrar en los caracoles que esconden las personas, los vínculos, las ideas.

Y todo eso, una vez más, no con discursos sino con *poiesis*, es decir con ficción, a partir de un artificio. (2001:28)

La construcción del personaje de este relato, especialmente su voz, provoca una identificación de los lectores con la obra por su verbalización de un “nivel anterior a la palabra” (Humphrey, 1953:12). Funciona así como un espacio de encuentro entre el lector consigo mismo, primero; entre el lector y la obra, luego; y por último, entre el lector y la historia reciente de nuestro país. Encuentro imprescindible para construir identidad.

Desde el comienzo de la obra, la voz de La Niña lleva a todos los lectores a buscar en su memoria expresiones como las que lee. Y las encuentra. Entonces, los cimientos de la identidad son firmes y el lector podrá levantar un edificio de sí mismo.

Esta voz se construye siguiendo la técnica del *fluir* de la conciencia (principal

artificio de la obra), es decir haciendo un “desarrollo completo de la reflexión mental, desde los niveles interiores a la conciencia misma hasta los más superiores de la razón” (Humphrey, 1953:12). Se trata de poner en palabras cuestiones que están al margen de la reflexión racional.

De este modo, La Niña expresa libremente lo que ve, oye y siente, en un fluir constante, hilando sus pensamientos alborotados, desordenados. Los espacios en blanco son las marcas que el lector puede apreciar en cada capítulo para interpretar el tiempo de reflexión de esta nena y el paso del tiempo físico.

Ayer y antes dormimos en la casa de unos tíos viejitos. Todos se ríen de mentira. Papá no está. Se perdió. Me duele la panza y arriba de la panza. Papá no está y no me hace upa y no me levanta por el aire y no me hace reír y no me cuenta cuentos y no me canta canciones... (Bombara, 2005:15)

El anonimato de la nena está ligado al “rescate del juego como sede natural del aprendizaje” (Montes, 2001:79), es decir que sirve en la identificación de la que se habló desde un primer momento. Si esta nena no tiene nombre, puedo ser yo, puede llevar mi nombre o el nombre que yo quiera, y, así, éste deja de ser cualquier relato, es mi relato. Lector y texto se construyen y se modifican en el transcurso de este juego que es la lectura:

El que lee llega al secreto cuando el texto *le dice*. Y el texto, si le dice, entonces lo modifica. El lector entra en relación con el texto. Es él el que *le hace* decir al texto, y el texto *le dice* a él, exclusivamente. Lector y texto se construyen uno al otro. (...) Y el texto (por fin leído) que *nos dice*. Que entra en diálogo con lo que somos y, por lo tanto, nos modifica. (Montes, 2001:83)

Cuando La Niña crece, su narrar se modifica. Encuentra nuevas palabras y descubre su historia. El pensamiento se vuelve más complejo, se suman ideas a este fluir de la conciencia desordenado. Su voz expresa perfectamente el nudo de preguntas y dolor que atraviesa al conocer la verdad. A esto se suman las pequeñas piedras y las distracciones comunes de la adolescencia.

¡Qué horrible! dos meses así con los ojos tapados con dolor encima me hizo un juguete. Y yo que me siento un estorbo. Me parece que para mamá no soy un estorbo me parece que ella es así conmigo porque tiene miedo de que me pasen cosas con la pitufina también es hincha. Tiene manchitas marrones en los ojos verdes parecen un bosque. (Bombara, 2005:82)

Al fluir de la conciencia se suma un nuevo elemento: el diálogo. La adolescente en que se ha transformado esta niña recurre a la pregunta, la re-pregunta, los silencios para entender todas las explicaciones que su madre intenta darle. El fluir de la conciencia sirve en esta etapa para elaborar por dentro esos diálogos y discusiones

que vive. Es una nueva forma de ordenar la información que ha sido puesta en palabras por otro, pero que todavía no ha sido asimilada como propia.

-Entre dos adultos es parecido. ¡Tu padre no me tenía que pedir permiso! Yo le dije mis temores, le pedí que cancelara. Él me dio sus razones de por qué no podía cancelar el trabajo y no me quedó más que pedirle que se cuidara y confiar en que todo iba a estar bien.

-Mmm...

-¿Entendés?

Yo entiendo yo entiendo todo pero ¿me entiende a mí? ¡Si ella sabe que sería mejor que papá estuviera vivo! No voy a llorar ¡No voy a llorar! (Bombara, 2005:86)

Finalmente, la palabra escrita dará orden y racionalidad a la verdad, siendo su mayor logro esta construcción. La escena que se monta como excusa para la palabra no es inocente. De niña, fue el jardín de infantes, una institución escolar, el espacio que puso en peligro la vida de los personajes. Con la democracia, la escuela recupera su espacio como constructora del aprendizaje. Aparece la oportunidad de elaborar esa identidad aprehendida recientemente y expresar por medio de la palabra lo que hasta el momento era un pensamiento desorganizado y temeroso. Aquí indefectiblemente (si no ha ocurrido antes) se produce el encuentro entre el lector y la historia reciente de nuestro país.

Hoy nos faltan 30.000 personas con nombre y apellido.

30.000 es un montón de gente.

(...) No están ni para preguntarles la hora.

Pero bueno, no podemos cambiar el pasado. Lo que sí podemos hacer es recordar que nos faltan injustamente.

Yo jamás podré olvidarlos. Lo tengo a mi papá, que me recuerda siempre a los otros 29.999. (Bombara, 2005:108)

Esta acción final representa lo que Blanco Ilari explica en el artículo "Acción e identidad en Hannah Arendt y Paul Ricoeur". Este pensador establece la relación entre acción e identidad, entendiendo que ambos elementos se conjugan en la narración. La acción revela, en este caso, una identidad, que a su vez es muchas identidades. Blanco Ilari explica que, desde Hannah Arendt, esto tiene que ver con "la aparición del agente en la escena pública", quien deja de estar aislado para "mostrarse". Realiza un acto de libertad, justamente por la forma en que comienza a relacionarse con los otros.

Esta es la fuerza preformativa de la acción. Es ella la que crea el espacio que habitamos. El mundo está constituido, para Arendt, por la red de relaciones humanas, de las acciones que en ella se realizan. (Blanco Ilari, 2003:97)

De este modo y mediante la palabra, la acción es un vehículo de la identidad que termina por completarse con la narración: la composición de la adolescente.

En la composición puede observarse con claridad la incorporación de la historia a la vida de La Niña. Ya no se refiere a lo que ocurrió como algo ajeno a ella, sino como una parte de sí, a través del uso de la primera persona del plural. Ésto obliga al lector a ser parte de ese “nosotros” inclusivo, funcionando como un encuentro reparador con la historia, construyendo identidad.

La edificación que ha hecho la niña con lo que en un principio parecían solo escombros da un nuevo sentido a palabras como “desaparecido” que, muchas veces, son asimiladas de un modo natural, sin reflexión alguna sobre lo que representan.

(...) ninguno de ellos jamás se autollamó desaparecido. Papá no tuvo ni tiempo de ponerse a pensar cómo llamarse él tenía su nombre y su apellido y chau. Nosotros les decimos los desaparecidos así. En grupo para que no nos duelan tanto. (Bombara, 2005:105)

Así como la vida de esta niña ha sido modificada en este proceso en el que incorporó mediante la narración aquellas acciones que le dan identidad, también cada lector se construye siguiendo el relato. Es la capacidad de representar un sentimiento común a los hombres, en este caso la necesidad de recuperar la identidad como sociedad, lo que facilita la reflexión e identificación con esta historia, que es NUESTRA historia.

Bibliografía

- Bombara, Paula (2005). *El mar y la serpiente*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Montes, Graciela (2001). *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Blanco Ilari, Juan Ignacio (2003). *Acción e identidad en Hannah Arendt y Paul Ricoeur*. Revista Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas.
- Humphrey, Robert (1953). *La corriente de la conciencia en la novela moderna*. Luisa-na, Editorial Universitaria.